

HOMILÍA

Domingo VII, ciclo A

Lv 19, 1-2. 17-18

a. Contexto

Este libro, perteneciente al Pentateuco judío, se intitula: “*y llamó*”, porque comienza con esas palabras, al final del Éxodo. Es un Libro que trata del culto, tarea sacerdotal y de santidad en el pueblo hebreo.

Sólo en Lv 25, 32-34 se habla de los levitas, ayudantes litúrgicos de los sacerdotes en el templo judío. Éstos, los ‘levitas’, eran considerados como descendientes de Leví, hijo de Jacob.

Después de lo descrito en el Éxodo acerca del Templo, quedaba para ahora hablar de la organización del culto y de la consagración de los propios sacerdotes.

Y antes de que el pueblo se pusiera en marcha por el desierto, había que fijar lo relativo a la ley de la expiación, etc. Por eso estas cuestiones abarcan Lv 8-10, y Lv 16, una amplia parte del Libro.

Junto a todo lo anterior, todo lo que atañe a los sacrificios de víctimas expiatorias, etc. viene descrito en Lv 1-7. Para superar la impureza, se describen las leyes sobre la pureza en Lv 11-15.

La base de toda la normativa judía radicaba en la alianza sinaítica, que tenía como consecuencia las normas sobre la santidad. Ése es el segmento contenido en Lv 17-26.

En este último apartado se encuentra, compañera/o en la fe, la perícopa con que hoy se nos invita a rezar en la liturgia eucarística, para ver la novedad cristiana del amor al prójimo al estilo de Jesús de Nazaret.

b. Texto

Nuestro texto de hoy se enmarca dentro del llamado ‘código de santidad’, en el Libro del Levítico. Es una materia literaria que adquiere su estructura actual en época postexílica.

Dios es Santo por esencia. De aquí se deriva, por tanto, la santidad moral de los creyentes, y la limpieza o pureza ritual del culto. Son las consecuencias de la elección que hace Dios de su pueblo, claro.

La mayor parte de estos materiales tratan acerca de la pureza del culto y de las leyes sexuales, para preservar la raza judía, ciertamente. Pues bien, en medio de todo esto se habla del amor al prójimo: pasaje de hoy.

El prójimo es el paisano, el compatriota judío, con una misma raza, nación y religión. Una vez más se da una ética de base nacionalista, con todo lo que eso implica de cerrazón, etc. ¡Esto es así!

El caso es que todo el fondo ético de estos preceptos no puede estar mejor fundamentado: *Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo. Surge el problema del vuestro: el toque nacionalista de la cuestión...*

Lo bueno: que la santidad de Dios hace justicia y defiende al pobre; así debe ser el pueblo de Israel... Por añadidura, el respeto a la madre y al padre: ¡es curioso que se nombre antes a la madre...!

Después de hablar del sábado, se recomienda que no se hagan estatuas de dioses: es la prohibición de fundir imágenes del Señor (cf. Ex 20, 3-4), y las de dioses falsos, aquí.

c. Para la vida

Junto a otros muchos temas de la vida diaria, se recomienda la cercanía a los necesitados. Más allá de la exclusividad de los preceptos del Levítico, ya en Dt 24, 14-15 se extiende el amor a todos los necesitados.

Es decir, que el A.T. inicia la postura que con el Señor se hará norma básica de sus seguidores: la piedad universal del mensaje evangélico, tan típica de la fe cristiana.

No caeré en la tentación de fustigar los exclusivismos de una postura grupal, a veces clamorosamente localista, hermanas y hermanos. Pero es verdad que la tentación partidista, generacional, geográfica o nacionalista está ahí.

¿O no? Yo creo que sí. No nos debería pasar como a los judíos, que exhibían unas motivaciones teológicas sanas para ser generosos con todos los necesitados. Sólo les pasaba que el exclusivismo los empobrecía.

Bueno, pues ésa es una lección muy actual, ¿qué quieres que te diga, hermano, hermana? ¡Basta por hoy, y vamos a rezar juntos con corazón abierto!

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
antoniorojas.sdb@gmail.com